

NO ERA UNA TARDE DE FRÍO INVIERNO

*A la memoria de mi abuelo Enrique que explotó el volcán.
A la memoria de mi tío abuelo Arturo, ojalá algún día te encuentre.*

*"Hasta en las guerras hay poesía, pero nunca en la artillería de los
vencedores,
sino en la última mirada de los vencidos."*

Mario Benedetti

"Quiero encontrar a mi hermano antes de morir". Lo escuché de espaldas, mientras sujetaba la bandeja de comida que estaba llevando a la mesa. Me giré a cámara lenta, sabiendo del valor incalculable de aquel instante. Mi abuelo llevaba toda la vida con esa frase arañando su garganta. En la cocina, él y yo solos, nos miramos a los ojos y esa mirada cambió por completo la historia de su familia.

Los silencios y los recuerdos se heredan. Algunos heredan viviendas, dinero, acciones, privilegios, apellidos compuestos. La mayoría, sin embargo, sólo heredamos refranes, recetas, viejas historias, alguna vajilla sin estrenar y cubiertos desaparejados. El paso de los años hace que los refranes pierdan sentido, que las recetas tengan que adaptarse por falta de ingredientes, que las historias revivan, que las vajillas no puedan lavarse en el lavavajillas y que nadie recuerde a quien corresponden las iniciales de los tenedores.

Enfrentarse a secretos familiares siempre es arriesgado. La sacrosanta institución de la familia cae como una losa sobre nosotros cuando tratamos de contar algunas historias. La familia, esa estructura que parece ser la única unidad digna de respeto eterno. De repente, la opinión de unos primos lejanos parece que importa. De repente, el miedo a dañar a una tía a la que hace siglos que no ves puede convertirse en un freno para contar una historia. La familia,

fuelle de tantos dolores, tiene la posibilidad de permitir que se haga justicia con viejas historias o puede permitirse entorpecer algunas búsquedas. Los tabúes que hay en las familias son como un volcán. Te sientas encima para que no explote, pero eso condiciona todos tus movimientos porque, si te levantas, explota. Mi abuelo decidió aquel día, uno cualquiera, en la cocina de mi casa, explotar el volcán tomándome a mí de la mano, supongo que fue el premio a mi insistencia o quizás me dejó crecer para pedirme ayuda.

La casa de mi abuelo estuvo presidida toda la vida por una foto enorme de su hermano. Facciones suaves, pelo rubio, ojos grandes, un niño aún. Era inevitable pasar a su salón sin detenerse en esa imagen. La innata curiosidad infantil me hizo preguntar incansablemente durante muchos años, ¿Quién es?, ¿Dónde está?, ¿Qué le pasó?, pero mis preguntas nunca obtuvieron respuestas muy excelsas, “mi hermano”, “se fue a la guerra”, “no lo sé”. Todo empezó así, con un silencio y ha acabado siendo un grito.

Se ha escrito mucho sobre la Guerra Civil, historiadores de prestigio internacional nos han explicado sus orígenes, bandos, duración, desarrollo, batallas, consecuencias. Sin embargo, a mi modo de ver, nos hemos detenido poco en las historias pequeñas, quizás porque éstas siempre se han contado en voz muy baja. Son las historias de la gente corriente que pasó por ella, los verdaderos protagonistas, gente a la que una guerra entre hermanos devoró y que en muchos casos se dejó la vida.

La Guerra civil, marcó de forma dramática la vida de la familia de mi abuelo, como la de casi todas las familias que la sufrieron, abriendo una herida que jamás dejó de sangrar y que considero es de justicia contar.

Arturo, el quinto de seis hermanos nació un frío diciembre de 1921, al calor de una fábrica de harinas. Su madre, Milagros, natural de Villahermosa, dejó su pueblo con apenas veinte años cuando conoció a Luciano. Él era alto, de pelo y ojos claros, decidieron casarse y mudarse a otro pequeño pueblo vecino del Campo de Montiel.

Luciano, oscense, tierra que llevaba en lo más profundo de su ser, pero que le resultaba demasiado inhóspita, llegó a La Mancha en busca de un porvenir, trayendo consigo el oficio de molinero, que en su caso había ido pasando de generación en generación. Trigo, harina, pan; este trinomio tenía pocos secretos para mi bisabuelo. Era un hombre sencillo, amante de las buenas maneras y de las buenas personas, de palabra, honrado, alejado de confrontaciones e ideas políticas. Con carácter emprendedor, llegó con muy poco a este pequeño oasis manchego y pronto consiguió tierras y un molino. Transmitió a sus hijos todo lo que sabía del campo y el noble, para él, oficio de molinero. Les enseñó a leer, a escribir, la contabilidad básica del negocio y también a nadar en el río del Ossero y en la Laguna Blanca, a recorrer en bicicleta los caminos de este Parque Natural, a partir almendras en la puerta de su casa todos juntos, a contemplar el atardecer, con la Central del Ossero de fondo y el sonido del agua, el más bonito que yo haya visto jamás. Sin embargo, ni Luciano, ni Milagros, les enseñaron nada de la guerra, ajena, lejana e inesperada. Fría y cruel.

Se acercaba el verano de 1938, los veranos en la Central del Ossero eran particularmente bonitos, aunque aquel verano fue más bien un invierno. La Central, situada entre las Lagunas Blanca y Conceja, fue construida en las inmediaciones de un viejo molino harinero. La comida era escasa, pero Luciano y sus hijos seguían haciendo pan para ellos y sus vecinos, que no podían pagarlo y ayudaban limpiando la fábrica o echando una mano a la familia.

Todos seguían con miedo e incertidumbre los acontecimientos. Milagros y Luciano hablaban cada noche entre susurros cuando creían que todos dormían ya. Intentaban tranquilizarse el uno al otro, analizando la situación de cada uno de sus hijos. El mayor, también Luciano, tenía edad de ser llamado al frente, pero había perdido un brazo en el molino años atrás, por lo tanto, se decían, "no lo van a incorporar a filas." Luego venían las chicas, Pepa, Emilia y Milagritos, ellas en principio también estaban a salvo de ser movilizadas. Y quedaban los dos pequeños, "Arturo tiene 17 y Enrique 14, son dos niños sin ninguna formación militar", repetían como un mantra. En ninguna de aquellas cavilaciones nocturnas se imaginaron que, efectivamente, con tan solo 17

años, sin ninguna formación militar y sin saber siquiera por qué estaba allí, su hijo Arturo terminase en primera línea de fuego de la batalla más sangrienta de la Guerra Civil Española, la Batalla del Ebro.

La "Quinta del Biberón", así se llamó a las levadas que durante los años 1938 y 1939 movilizaban a cerca de 30.000 jóvenes, muchos menores de edad. La gran mayoría de ellos se dejaría la vida de forma absurda en la Batalla del Ebro.

El 12 de agosto de 1938 el secretario del Ayuntamiento llamó a la puerta de la fábrica de harinas con una citación de incorporación a filas. Mi tío Arturo la firmó, tenía un puñado de días para presentarse en la Caja de Reclutas de Ciudad Real. El único que aquel día no lloró hasta terminar con los ojos hinchados fue mi abuelo que, con 14 años, aún no era capaz de comprender bien la magnitud de aquel acontecimiento. Su hermano se iba a la guerra, pero para él, en ese momento, no era posible conjugar el verbo ir, sin el verbo volver; la partida, sin el regreso.

Mi abuelo recordaría siempre la última noche que durmieron juntos y los planes que hicieron para su vuelta: "cruzaremos la Laguna Blanca nadando, te presto mi bicicleta, cuídamela, dale un beso a mamá por mí cada día, para cuando cumplas los 15 estoy aquí." Y se abrazaron.

Sólo unos días después de recibir la citación vinieron a por él. Arturo se subió a la parte trasera del camión y mi abuelo corrió durante casi un kilómetro detrás de él. Al principio fue fácil seguir al vehículo, la salida del pueblo estaba en pendiente y éste no logró coger mucha velocidad, pero después la distancia empezó a hacerse cada vez mayor y por más empeño que puso solo logró recorrer unos metros mientras agitaba la mano en el aire diciendo adiós. Parado a un lado del camino, vio cómo se alejaba su hermano, sonriéndole. Nunca más lo volvería a ver.

Agosto. No era una tarde de frío invierno, pero su partida convirtió la rutina diaria de un viejo molino en una crónica del hielo. Esa noche hubo

tormenta, hasta el cielo se vistió de miedo. Su madre no encontró abrigos, ni guantes, ni bufandas, ni nada que le quitase el frío que le había helado el corazón. Su padre siguió haciendo girar el molino cada mañana, a la misma hora mientras sus pasos hacían crujir la escarcha que desde aquel día, se instaló en el suelo de toda la casa para no irse jamás.

“Quiero encontrar a mi hermano antes de morir, lo único que sé es que se fue a la guerra y jamás volvió. No hubo ni una sola carta suya, ni de nadie, no supimos nada más de él.” Pasé muchas noches “recogiendo las cenizas” de aquel volcán que mi abuelo había explotado, no sabía por donde empezar, ni cómo ayudarlo, pero tenía el firme propósito de hacerlo. Si a la desaparición de un familiar querido le añades no saber si murió y cómo, o no, donde está, qué le pasó y qué pudo ser de él, se convierte en una tortura diaria con la que mi abuelo tuvo que aprender a vivir. Era el único aún con vida de aquella familia de molineros, se lo debía a él y a su hermano. A Milagros y a Luciano. A Luciano hijo, a Pepa, a Emilia y a Milagritos.

Una mañana de abril de 2008 me planté en el archivo municipal. Comencé a buscar sin mucho tino, pero con paciencia. Muchos de los documentos de la época de la guerra y post guerra habían sido destruidos o simplemente extraviados, pero mi abuelo me había contado que su hermano firmó su incorporación a filas y si ese papel todavía existía tenía que estar allí. Empecé a ir asiduamente, como si de una biblioteca se tratase, entraba, me sentaba en una mesa y comenzaba a coger tomos desvencijados de documentos varios. A medida que pasaban los días, aquellas mañanas en el archivo se convirtieron en algo solemne y ceremonioso. Hasta que un día lo encontré. Tener ante mí la firma de mi tío me produjo una emoción difícil de contener.

“CAJA DE RECLUTAS DE CIUDAD REAL

Relación duplicada de los mozos del año actual clasificados útiles para todo servicio y que deben ingresar en caja, a cuyo efecto ha sido comisionado por esta corporación municipal.”

“INCORPORACIÓN A FILAS

Sírvase presentarse el día 17 del actual en la Caja de Recluta número 23 de Ciudad Real al objeto de ser destinado a Cuerpo, advirtiéndole, que de no verificarlo le parará el perjuicio que en derecho haya lugar.”

12 de agosto de 1938

Firmado: Arturo Moreno García

Arturo Moreno García, mi tío abuelo, firmaba su incorporación a filas un 12 de agosto de 1938; cinco días después un camión propiedad del ejército recorrió pueblo a pueblo el Campo de Montiel recogiendo a todos los “mozos clasificados útiles para todo servicio”. Me he preguntado muchas veces desde entonces cuántos Arturo hubo, cuántos niños se marcharon en camiones similares, en fechas parecidas, durante los casi 3 años de contienda, cuántos no regresaron, cuántas familias sin respuestas, cuántos no tuvieron tiempo ni de subir al camión. Cuánto horror el de una guerra, que constituye la forma más perversa de dar muerte a los inocentes y lo único que provoca es destrucción, desamparo y muerte. Ningún país necesita héroes muertos en batallas impúdicas sino ciudadanos que vivan en libertad. La nuestra no fue la primera, sin embargo, parece que la historia nunca es suficiente para destruir las armas y reemplazarlas por el valor de la palabra cuando hay conflictos.

Aquel día entré en casa de mi abuelo muy despacio, siempre lo hacía con mucho alboroto, abría la puerta llamándolo en alto, con voz cantarina, la que siempre se me ponía cuando llegaba a su casa. Sin embargo, en aquel momento no sabía como mostrarle lo que había encontrado. Enrique, mi abuelo, igual de sensible que fuerte, igual de tranquilo que vehemente, calma y

tempestad, se echó a llorar como un niño pequeño cuando reconoció la firma de su hermano entre aquellos papeles.

Leí muchas veces los nombres de todos los “reclutas” que fueron llamados junto con mi tío Arturo. Nombre completo, fecha de nacimiento, incluso el nombre del padre y de la madre. Era consciente de que la mayoría de aquellos hombres ya no vivirían, aunque de hacerlo quizás alguno recordaba a Arturo, incluso puede que hubiera estado con él y podría darme algún dato del que seguir tirando.

Las Páginas Blancas, una época pasada, una época de papel, cuando la privacidad nos daba igual y nuestros teléfonos y direcciones eran públicos. Encontré a esposas, hijos, hijas, hermanos, hermanas, nietos, nietas y algún pariente lejano. A veces la conversación era breve y tirante, otras se alargaban mucho más y acababa anotando números nuevos “por si acaso”. Hasta que un día Juan Molina Pérez, con 87 años, me dijo “¿Quién llama?”.

Me recibió en su casa, vivía solo desde que llegó de México hacía 10 años, tras quedarse viudo. Quería morir en su tierra y volvió a su pueblo. Su único hijo y sus nietos se habían quedado allí y lo visitaban cada año por verano y Navidad. Estaba sano, a excepción de algún ataque de gota de vez en cuando, tenía una huerta en verano y caminaba a diario. Le gustaba reunirse con sus amigos del pueblo, había estado al otro lado del océano toda una vida, así que cada tarde bajaba a la plaza, donde compartía un rato de charla con ellos. Juanito el mejicano, así lo llamaban en el pueblo, había vuelto a la casa de sus padres, a la que lo vio nacer y lo había hecho casi 60 años después de marcharse subido en un camión.

“He visto antes tus ojos, mucho antes de conocerte, tienes la mirada de Arturo. Es un milagro que yo esté aquí y que tú me hayas encontrado, te voy a contar lo que pasó con tu tío.”

Antes de que Juan empezara a contarme su historia, preparó café para los dos, le puso miel de la zona y se sentó en su sillón. Durante esos minutos,

fantaseé con la posibilidad de que mi tío viviera en México, igual que él, quizás llevase allí toda su vida y había olvidado el camino de regreso. Me imaginé un reencuentro entre hermanos y durante esos pocos minutos de tregua que Juan me regaló fui inmensamente feliz.

Juan conoció a mi tío Arturo en el camión que hacía los traslados de reclutas. Ambos terminaron en Teruel, en un paraje llamado "Cerro Gordo". Se libraba la batalla del Ebro, la más larga y sangrienta de toda la guerra. Fueron destinados al regimiento de infantería, la fuerza de combate a pie. Eran dos críos asustados en mitad de un campo de batalla plagado de muertos, con armas que no sabían manejar. No había tiempo para instruir a nadie, les dieron ropa de otros soldados fallecidos y el fusil reglamentario, el "mauser M1916." En medio de aquel caos el lugar más seguro era la trinchera, ahí fue donde conocieron a Alfredo Gisbert Más, valenciano, quien les enseñó que siempre disparaba al aire, por si al otro lado estaba su hermano.

Unas semanas después de llegar al frente, durante el mes de septiembre, Juan no recordaba el día exacto, su mando superior los sacó a empujones de la trinchera y los puso en primera línea de fuego. La "Quinta del biberón" llegó al frente con apenas entrenamiento y sin saber qué iban a encontrar, ni siquiera les había dado tiempo a salir de sus casas, a despegarse de sus familias. Todos ellos fueron las caras más crueles de la contienda, convirtiéndose en el reemplazo de las múltiples bajas. Se toparon con una realidad amarga y fueron carne de cañón. Algunos supieron reaccionar y se echaban con valor hacia delante, pero otros se quedaban paralizados por el estruendo de las bombas y las balas. Nunca ha habido nada romántico en una guerra y ellos lo comprobaron enseguida, cuando descubrieron que en una sola se pasa miedo, sed, hambre, calor, frío y penurias.

Ese día del mes de septiembre que Juan no puede recordar, mi tío Arturo murió en Cerro Gordo, apenas unas semanas después de dejar su hogar. Terminó en una fosa común bajo paletadas de cal, dejando una ausencia y un silencio perverso que tuvo que esperar casi 70 años para convertirse en grito.

En primera línea de fuego mi tío y Juan se asustaron. El instinto de supervivencia hizo que retrocedieran buscando cobijo, parapetos, algo que esquivase las balas. El mismo mando superior que los había puesto allí los apartó al percatarse de su retroceso mascullando que no quería cobardes, como si no hubiera que ser un valiente para dejar atrás tu pueblo, tu familia, todo tu mundo siendo apenas un niño, como si no hubiera que ser un valiente para subirse a un camión que te lleva a una guerra que no es tuya, que no te pertenece, que no entiendes, que no has buscado. El mando superior reunió a su comitiva, eran tres. "Andando", dijo uno de ellos a Juan y a mi tío Arturo, conduciéndolos a una especie de casa de aperos que hacía las veces de cuartel general. Juan recuerda que temblaban, que los dejaron durante un rato en la casa y que desde la pequeña ventana podían ver a los tres en el patio discutiendo. Recuerda que, de repente, dos de ellos entraron nuevamente en la casa de forma abrupta, levantando a mi tío Arturo del brazo y diciéndole que tenía que salir al patio porque iban a hablar con él, "después sales tú", le dijeron a Juan.

"Tu tío me salvó la vida". Arturo Moreno García, molinero, el quinto de seis hermanos, un niño aún, se giró justo cuando se lo llevaban, mirando primero la puerta que daba a la calle y después a su amigo Juan, haciéndole un guiño. Juan jura que leyó en su cara: "huye, sal corriendo, no te esperes a ver cómo me matan, sálvate tú."

El guiño de mi tío sacó a Juan de la parálisis y le puso el cuerpo entero en tensión. Justo en el momento en el que una bala estallaba en el patio de una casa de aperos, el viejo molino de la Central del Ossero, Lizana y las Lagunas Blanca y Conceja, se cubrieron de hielo. Justo en el momento en el que una bala estallaba en una casa de aperos, Juan abrió la puerta de la calle y corrió sin parar durante mucho rato, corría y lloraba; lloraba y corría. Sobrevivió escondido en el monte durante muchos meses, comiendo plantas, incluso insectos hasta que un día, cuando sentía que no podía más, Alfredo Gisbert lo encontró y juntos, monte a través, llegaron a Valencia donde pudieron coger el barco que los llevó a México.

Septiembre de 1938. Cerro Gordo. Teruel. Batalla del Ebro. En el preciso instante en el que mi tío Arturo ya sabía lo que iba a ocurrir, miró a la persona que le apuntaba directamente a la cabeza, volcando sobre él el azul purísimo de sus ojos y el disparo del fusil del asesino lo llenó todo de silencio.

Juan Molina Pérez falleció en 2014, seis años después de nuestro primer encuentro, en su casa de Villanueva de los Infantes, Ciudad Real, a la edad de 93 años. Su hijo Arturo pudo llegar desde México para pasar con él sus últimos días.

Gracias eternas, Juan, por recuperar para nosotros la historia de nuestra familia.

Enrique Moreno García, mi abuelo, falleció en Villahermosa, Ciudad Real, en el año 2020, a la edad de 96 años. Tuvo el valor de explotar un volcán y de cambiar silencios por gritos.

Conocer lo que había pasado con su hermano antes de dejar este mundo fue para él una medicina reparadora. Se emocionó profundamente cuando Juan le contó que había llamado Arturo a su único hijo. Forjaron una estrecha amistad y se visitaron a menudo durante sus últimos años de vida.

Arturo Moreno García, falleció en Cerro Gordo, Teruel, en septiembre de 1938, a la edad de 17 años. Su historia ya no es secreta, ni tampoco anónima. Actualmente consta como desaparecido. Tal vez, algún día, su fosa común sea exhumada y podamos recuperar sus restos para llevarlos con su familia. Su última mirada fue una poesía.